

*Juan Diego Quesada*  
Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

**NOTAS SOBRE EPISTEMOLOGIA DEL LENGUAJE**

LETRAS 23-24 (1991)



## Introducción

El interés por disertar acerca de lo que el título de este artículo enuncia surgió a lo largo de mi experiencia como estudiante de posgrado en la Universidad de Costa Rica, y se consumó una vez concluido el III Congreso de Filología, Lingüística y Literatura. De igual manera, las causas. Además, de conformidad con sus políticas académicas en materia de difusión, en la revista *Letras* parece haber conciencia de que el problema epistemológico en las letras no se debe dejar de lado —pues de una u otra manera sale a flote en el discurso—, lo mismo que no se le hace desaparecer ignorándolo. Ambas experiencias hacen necesario referirnos a la cuestión epistemológica en lo que concierne al estudio de quienes participamos en el mencionado Congreso.

## Idealismo y materialismo

Toda teoría y todo análisis científico se caracterizan por:

- a) una postura (consciente o inconsciente) epistemológica; esto es, por una ubicación con respecto de los hechos; y
- b) ser producto de la percepción humana, lo cual implica que al ser el investigador sujeto-objeto de la realidad que interpreta, los hechos —en lo que respecta del análisis— aparecerán siempre como percepción modelizante y no como fenómenos “objetivos”.

Teniendo en cuenta ello, prosigamos con el punto central.

La realidad se convierte en fenómeno por explicar en tanto influya en

mi desarrollo, en tanto sea el medio en el que me sitúo. Por tanto, el deseo de explicar la realidad será un intento subjetivo por explicar lo que a mí atañe, lo que me acontece, lo que *determina* mi actividad (o inercia). Parece ser que desde antiguo tales aseveraciones estaban implícitas en los intentos por comprender el entorno. Al tomar conciencia de su existir, los primeros humanos experimentaron la necesidad de hallar el sentido de su existencia.

Es en torno a esa existencia (con causa desconocida hasta entonces) que surgen las posiciones que poco a poco se perfilan como concepciones de la realidad. Por un lado, aquéllas que la explican en términos de fuerzas externas a la actividad histórica, concibiéndola como realización de una esencia espiritual determinadora de la vida. Es decir, para los *idealistas* la esencia antecede a la existencia; y ésta es una manifestación de esa esencia, omnipresente y omnipotente, comúnmente llamada Dios. Tal explicación merece un reconocimiento: teniéndose en cuenta el desarrollo del conocimiento humano por aquellos tiempos, esta explicación presentaba una alternativa ante la premura explicativa que acosaba a los pensadores. Así pues, ¿por qué un rayo o una inundación destruyeron las cosechas con las cuales sobreviviría la tribu? Por designio de la Esencia. ¿Por qué al año siguiente hubo buena cosecha? Por premio de la Esencia. Se conformaron así los embriones de las religiones que posteriormente se desarrollarían con las consecuencias por todos conocidas. Una limitación acarrearía la concepción idealista: *al saberse el origen de todos los fenómenos, siempre se explicarán en tanto hechos, no en tanto productos de la actividad histórica.*

No pudiendo satisfacer la premura explicativa, emerge una segunda explicación de esa realidad. Ascendiendo de la tierra al cielo, se explica la realidad en términos de actividad histórica. Se plantea que la existencia es la que antecede a la esencia de las cosas. La aproximación *materialista* se presentaba —es de suponer— al inicio como poco plausible. Los fenómenos naturales, fácilmente explicables por los idealistas, segufan inclinando la balanza contra la concepción materialista.

Las dos corrientes de pensamiento (comúnmente identificadas con Platón y Aristóteles, respectivamente) contienen las concepciones y teorías sobre diversos fenómenos. En el curso del pensamiento humano, los fundamentos de una y otra corriente se enriquecen, se “adornan”, pero no se rechazan. Los idealistas creen estudiar a través de los fenómenos aspectos propios de esa esencia etérea. Los materialistas ven en el estudio de los fenómenos el estudio de procesos propios de la materia y por acción

humana. El hombre crea su realidad y la transforma; vive para asimilar y transformar su medio; no está sujeto al arbitrio de fuerzas naturales. En la tierra está la explicación de la existencia. Esto lleva al materialista a buscar explicaciones mediante el uso excesivo de la razón, echando mano de todo tipo de deducciones y operaciones del pensar y el conocer que faciliten la explicación desmitificante y desfetichizante a que conduce el idealismo.

En el curso de la evolución del pensamiento filosófico surgieron posturas que, manteniendo las premisas generales de las dos teorías del conocimiento, aportaron cuestiones que bien podríamos llamar matizadoras de los esquemas originales. El pensamiento idealista se vio escindido por dos posturas, determinadas éstas según se concibieran la manifestación de la Esencia (espíritu) y de su relación con el yo. El *idealismo objetivo*, representado por Hegel y otros fenomenólogos como Husserl, proclama la complejidad y objetividad absoluta de la Esencia con respecto del ser. Yo me relaciono con la Esencia, mas ésta y yo estamos separados. Ella es absoluta; yo y mis posibilidades somos relativos. Hegel aporta la dialéctica para la explicación de la Esencia y ve cómo ésta se desarrolla por sí sola, con el hombre a su margen. El *idealismo subjetivo* ve la Esencia como partícipe —manifiesta en mí— de mis actos. No obstante se dan dos corrientes dentro de esta postura debido a que se concibe de dos maneras diferentes cómo esa fuerza opera sobre el individuo. Los racionalistas, por el contrario, ejemplificados típicamente en Descartes, sostienen que por medio de la razón entendemos el funcionamiento de esa Esencia, y es, por tanto, confiando en nuestra razón, desarrollándola, como podemos comprender las manifestaciones de la Esencia. Tanto Descartes como Kant con sus posiciones subjetivas propiciaron el embrión de lo que ya en el siglo XX se ha conocido como el *existencialismo*.

Por otra parte, los materialistas han visto dentro de su corriente tres posturas generales: materialismo mecanicista, materialismo dialéctico y materialismo histórico. Es lícito y reclama la justicia necesaria el señalar que si se pudiera hablar de posiciones excluyentes (como en el caso de idealismo subjetivo, racionalismo y agnosticismo) éstas se hallan entre el primero y los otros dos. Los dos últimos no son necesariamente excluyentes; todo lo contrario. Puede sostenerse que ambos son *complementarios*. Lo que a continuación sigue conforma la anterior aseveración.

El materialismo mecanicista se concentra en la materia y sus cambios; éstos se dan por evolución “exacta”, mecánica. La transformación de la

materia se da en pasos, no en procesos. Darwin emerge como ejemplo palpable de tal postura. Sin restar mérito a su obra, sobre todo en lo concerniente a la desmitificación sobre el origen humano, su enfoque está poseído por un aire mecanicista. Ese aire también lo encontramos en Engels y su manuscrito inconcluso *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Se presentan estados sucesivos, no graduales, que conforman la transformación de la materia.

Las otras dos corrientes materialistas se caracterizan en su conjunto por suponer la transformación de la materia en términos de procesos acaecidos según condicionamientos determinados. Con Heráclito surge la dialéctica como abstracción analítica de los fenómenos. La materia se desarrolla según condicionamientos propios de ésta. Las etapas son estados graduales, siempre en movimiento, las cuales evolucionan en saltos cualitativos que significan la transformación permanente. Asimismo, el materialismo histórico (Marx) concibe la humanidad como la esencia (de una existencia corpórea colectiva), la cual se desarrolla según condiciones propias de la historia, entendida ésta como la acción práctica, permanente, que se erige sobre la base de la reproducción *especial* (<especie). De estas dos formas de materialismo surge Lenin (ver *Materialismo y empiriocriticismo*), cuya teoría del reflejo postula la relación conciencia-realidad como determinada por la experiencia práctica.

Siempre en breve, es necesario referimos a otra corriente, de fundamentos filosóficos *híbridos*, que se presenta como fuerte, “objetiva y científica”: el positivismo. Sus padres son el idealismo objetivo antidialéctico y el materialismo mecanicista. El positivismo propugna el estudio de los fenómenos observables bajo la falsa premisa de que *solo* lo observable y medible —y por lo tanto reductible a las relaciones cuantitativas— es lo existente. Fuera de ello nada existe, y por ello lo no observable no amerita preocupación. Caracterizado por un inductivismo recalcitrante, el positivismo emerge en un contexto histórico crítico. En realidad, con el advenimiento del capitalismo, esta tendencia se consolida para reforzar el nuevo sistema y para “explicar” (entiéndase “legitimar”) las contradicciones del sistema naciente. En virtud de ello, el positivismo, llevado al estatus de «ciencia», proclama el reinado de lo observable (entiéndase, de “lo práctico”). La semiosis del capital codifica *práctico* como sinónimo de *explicación inmediata*, comprobable empíricamente y generadora de ganancias de cualquier tipo.

Así pues, luego de hacer un sobrevuelo en lo concerniente a las corrientes de pensamiento y sus ramificaciones, enmarquemos los diversos enfoques acerca del origen del lenguaje dentro de las mismas.

### Origen y evolución del lenguaje

Es de esperarse, según lo expuesto hasta aquí, que las diversas teorías (y la existencia de las «no teorías») acerca del origen y evolución del lenguaje se enmarquen dentro de las corrientes mencionadas. De hecho, guardan una dependencia umbilical con ellas. Señalé al inicio que por su mismo sustento filosófico el idealismo solventa el problema de la premura explicativa; irrumpen planteando los fenómenos como expresiones de la Esencia. No es de extrañar, luego, que aparecieran los que situaban el lenguaje en la categoría de don divino. Los dioses querían comunicarse con sus tteres terrestres y escogieron el lenguaje articulado para hacerlo. Contradictoriamente los idealistas hablan del «lenguaje humano» para referirse a ese “don divino”. Disfrazando el concepto de *Dios* con el de *Esencia*, el planteamiento es *in esencia* el mismo. Y como el lenguaje no es construido, sino adquirido, éste va a interesar en tanto objeto. Así pues, la versión idealista concibe el lenguaje como un objeto al cual nos podemos acercar y al que debemos cultivar en tanto esencia.

A partir de la concepción del lenguaje como *energeia* y de la lengua como *ergón*, las condiciones están dadas para la construcción de una teoría lingüística que se avoque al estudio descriptivo de “un sistema que actúa como un todo”. Humboldt, reforzado en este siglo por Coseriu, defiende esta concepción fenomenologista y la adorna con la sugerida unión entre la Esencia y el pueblo. Sin ánimo de reparar en algunas de las contradicciones de tal sugerencia, es vital referirse a un punto que se desprende de la concepción humboldtiana: si la lengua es el espíritu de un pueblo, y si la lengua puede ser analizada en términos de su composición, entonces el espíritu de los pueblos puede igualmente estar sujeto a descripciones y análisis tanto como las lenguas —es decir, el espíritu de los pueblos es un sistema—; ello se convierte en embrión del fetiche de la relatividad lingüística, en virtud del supuesto de que la relación es a su vez una determinación. Este enfoque dicotómico *energeia/ergón*, siempre y cuando sea producto de un sustento idealista, no penetra realmente en lo que se refiere al origen del lenguaje. De por sí, por la lógica intrínseca del esquema, el enfoque idealista no está en capacidad de dar cuenta de ese hecho. El lenguaje como esencia (objeto) omnipresente va a interesar una vez “regis-

trado” (de ahí el interés descriptivista y taxonómico que desembocó en el estructuralismo), lo cual hace centrar el interés en su fenomenología, o sea en su configuración y cambios, no así en su origen, el cual está implícito aunque a la vez oculto. En términos legos, esto quiere decir que se crea el “consenso” de que si existe es porque tuvo un origen; garantizando el origen, interesa el objeto dado. De todo esto se desprende que hay una *evasión* del aspecto del origen del lenguaje. Es decir, el idealismo arranca en el fenómeno mismo; éste es descrito y analizado, y el interés que subyace a ese quehacer es el de aclarar el fenómeno (lengua=érgón) que representa la Esencia (lenguaje=energeia). No hay pues en este esquema un origen. Esta es la base filosófica del que bien hacemos en llamar estructuralismo clásico (entiéndase saussureano).

Otra teoría del lenguaje que se levanta sobre los fundamentos filosóficos de algunas de las corrientes citadas en el apartado anterior es la que propuso Chomsky a principios de la década de los sesenta, durante la cual resultó atractiva. Esta teoría también evade el tema del origen del lenguaje; y es que la evasión del problema es coherente con el sustento filosófico de esa teoría. La gramática generativa toma su sustento teórico del racionalismo cartesiano, y su modalidad de análisis está impregnada de materialismo mecanicista. Concentrándonos en el primer aspecto (pues es donde uno se inclinaría a pensar que una probable referencia al origen del lenguaje encontraría su puesto), no nos queda más que llegar a una conclusión: el innatismo, en el cual se esconde la cuestión del origen del lenguaje, en la teoría generativa juega el mismo papel de la Esencia idealista. Se da como «un punto y aparte», manera elegante de evadir la cuestión. El aparente soporte de la teoría es por el contrario la lámina del techo que por su peso se trae abajo la construcción, pues si el lenguaje es innato, ¿por qué “explicarlo”, si con solo la descripción es suficiente? Caemos en la cuenta de que la gramática generativa es un marco interpretativo del *funcionamiento*, no del *origen* del lenguaje. Se hace la metafísica sobre lo material, y no a la inversa como lo hace aparecer Chomsky. Lo cierto es que la lingüística generativa posee un sustento teórico defectuoso, por cuanto la relación teoría-análisis en realidad no existe. Solo a algunos seguidores de Chomsky —entre ellos Katz y Lennemberg— se les ocurrió pensar que los análisis transformacionales eran en realidad análisis de procesos mentales, registrables eventualmente por la vía empírica. En el generativismo el aspecto teórico aparece como una «metafísica invertida»; es, por lo tanto, idealista, y ello explica el porqué tanto generativistas como estructuralistas adolecen de una aproximación rigurosa al origen del lenguaje.

Así pues, la concepción idealista del lenguaje se manifiesta en dos vertientes cuyos fundamentos inmediatos podemos trazar. Por un lado, la concepción idealista objetiva que desemboca, o mejor dicho, que sustenta y alberga al estructuralismo saussureano. Por otro lado, el idealismo racionalista que, no contento con la descripción de la Esencia, intenta alcanzar niveles de descripción que se acerquen a la “explicación”.

Las dos vertientes idealistas se concentran en el producto, no en sus condiciones de producción; esto es, ninguna de las dos hace referencia a la cuestión del origen del lenguaje (por ello no es de extrañar que tanto generativistas como estructuralistas se pasen hablando de fonemas y sintagmas, denotando así un reduccionismo del objeto de estudio, consecuencia lógica de su ubicación epistemológica).

El inmediatismo no ha sido precisamente una característica del materialismo. Por tal razón, los idealistas consiguieron estructurar más rápidamente teorías lingüísticas. Dado que una teoría del lenguaje como tal no es lo esperado de esa corriente, los idealistas se dieron a la tarea de estudiar el fenómeno. Una concepción materialista no vendrá caracterizada por descender del cielo a la tierra, sino por buscar en la materia terrestre el origen de las cosas, según lo dicho. Y en ese sentido se estructura una teoría sobre el origen de un fenómeno humano en términos humanos. La teoría del trabajo lingüístico, formulada por Rossi-Landi (1968, 1970) se caracteriza por concebir el lenguaje como de esencia humana. Ante la necesidad de comunicación —producto de la necesidad de supervivencia material— la especie se avoca a resolverla, y mediante el trabajo lingüístico *produce* el código verbal. Existen tres condiciones que la concepción materialista del lenguaje satisface:

- a. se concibe el fenómeno como una totalidad (lengua-comunidad);
- b. se concibe en términos de proceso (surge y evoluciona ligado a necesidades propias de la especie);
- c. se le sitúa un origen, que no es otro que el salto cualitativo de la especie, producto de la tréada de los homínidos <sup>1</sup>.

Según esto, sólo el enfoque materialista plantea de manera satisfac-

---

1. Para una explicación de este postulado puede verse entre otros Luria, Porcniev, Ruda, Engels.

toria un modelo de acercamiento a la cuestión del *origen* del lenguaje. A partir de aquí, una teoría lingüística materialista será adecuada por cuanto se fundamenta en una teoría sólida y coherente del lenguaje que alimenta a la teoría lingüística que de ella eventualmente surja. No es ese el caso idealista, cuyas dos vertientes evaden la cuestión del origen al fundamentarse en teorías metafísicas del lenguaje. Quiere esto decir que la relación teoría-análisis se encuentra en forma rigurosa en la concepción materialista. En el caso idealista, lo que existe es una relación postura epistemológica-análisis empírico, que no es lo mismo que la relación teoría (del lenguaje)-análisis (teoría lingüística).

El idealismo arranca en la lengua (en el producto) y a través de ella estructura teorías sobre el funcionamiento. El materialismo arranca con el lenguaje (la esencia de la praxis comunicativa), creando un modelo que concibe tanto esencia como fenómenos en términos humanos. Así pues, la teoría del lenguaje determina la teoría lingüística; en síntesis, un enfoque compacto de la relación teoría-análisis. Del otro lado, lo que existen son solamente teorías lingüísticas, o sea, teorías desinteresadas en la esencia, pues se supone que al ser ésta dada (energeia, innatismo), interesa el fenómeno propiamente dicho, el objeto.

### Las teorías lingüísticas

Según lo anterior, habrá teorías lingüísticas basadas en una teoría del lenguaje como tal, y teorías lingüísticas inspiradas en una postura epistemológica que soslaya la cuestión del origen del fenómeno (esto es, que no exigen una teoría del lenguaje *previa* a una teoría lingüística). Empecemos por las segundas, pues son éstas las que por diversos factores se han dado a conocer más, y las que en nuestro medio se emplean en la formación de lingüistas. Estas teorías de sustento idealista aparecieron primero, y por lo tanto trazaron la pauta para lo que se conoce como «lingüística» (ya a fines del siglo pasado y principios del presente). En pocas palabras, estas teorías —sobre todo el estructuralismo saussureano— son el punto de referencia en lo que se refiere a los estudios lingüísticos.

Sin entrar en detalles respecto de las modalidades de análisis propiamente dichas, podemos divisar trazos de las concepciones fundamentales en las teorías en cuestión. Para referirnos al estructuralismo, podemos plantear las siguientes interrogantes: ¿por qué la lengua tiene que ser un sistema cerrado, autogestivo?; ¿por qué se plantea una relación de «contención»

lengua-habla, y no a la inversa?; ¿qué acciona al “sistema”?; es decir: ¿qué fuerzas? En la respuesta a cada una de las interrogantes vamos a develar la base idealista del estructuralismo, y por tanto las limitaciones que posee como teoría del *lenguaje*. Respondamos a las preguntas planteadas y luego sinteticemos. La primera pregunta hace referencia al “sistema” cerrado. La lengua es tal porque no es ni más ni menos que una Esencia; es decir, el papel de la lengua en el sistema estructuralista es el de Esencia, y el del habla es el de Fenómeno. Siendo así el “sistema”, tiene que tener vida por sí mismo, sin influencia de otras esencias: *el “sistema” es autogestivo precisamente por ser una esencia objetiva*. Esto nos lleva a responder a la segunda pregunta. Así como la Esencia es hipohumana, de la misma manera la lengua lo es con respecto del habla. Lengua/habla es algo más que una dicotomía de análisis descriptivo; es, además, la sumisión de lo realmente esencial del lenguaje (es decir, su carácter histórico) al “sistema” (esto es, a la Esencia). Dicho de otro modo, el que la lengua contenga al habla revela el carácter fetichista del fundamento idealista que inspira la concepción saussureana. Aclarado lo anterior, estamos a las puertas de dar respuesta a la tercera pregunta. Si el “sistema” es una Esencia, y por lo tanto contiene al habla (o sea, a todo), no queda más que señalar que lo que acciona el “sistema” es el sistema mismo en tanto Esencia; o sea, el factor histórico—contexto y condición sine qua non del lenguaje— queda al margen del sistema. Surge así la artificial dicotomía del análisis estructuralista «factores lingüísticos/factores extralingüísticos», la cual revela una separación individual de un todo indivisible.

La segunda vertiente de la concepción idealista —la gramática generativa— basa su labor analítica en una dicotomía análoga, parangonable con la *lengua/habla* saussureana. Me refiero a *competencial/actuación*. Esta dicotomía, presentada originalmente en términos de un “hablante ideal”, revela precisamente eso, una modalidad de inspiración metafísica del análisis lingüístico. No sólo se sostiene eso por lo anterior, sino por el hecho mismo de que la descripción transformacional originalmente obedecía a la convicción de que en realidad se estaba dando cuenta del funcionamiento de estructuras —y por lo tanto, ideas— innatas. Estas estructuras-ideas innatas “propias de un hablante-oyente ideal” no son otra cosa que una fenomenologización arquetípica de un espíritu, el cual racionalmente logramos descubrir: la mente. El mentalismo de Chomsky es una esencia subjetiva, representable en cadenas ordenadas según una lógica universal, es decir, omnisciente. Tanto el sistema saussureano como el formalismo chomskyano, con otros méritos innegables en términos de aportes al

desarrollo de modalidades de descripción de la fenomenología lingüística, se sustentan en bases comunes: *competencia* y *lengua* como Esencias, hechas manifiestas de manera “desidealizante” en sus respectivas fenomenologías, *actuación* y *habla*. Así como el habla está contenida en la lengua, la actuación lo está en la competencia —sólo así comprenderemos aquello de que “la actuación no es fiel reflejo de la competencia”—.

Para estar de conformidad con lo cierto, el aporte materialista a la cuestión lingüística no ha redundado en teorías lingüísticas, es decir, en modalidades de descripción-análisis de *hechos* lingüísticos; antes bien, los logros se han hecho manifiestos sobre todo en lo que respecta de las teorías del lenguaje. Existe, sin embargo, un intento, como fruto de la Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica), por compendiar los fundamentos de la teoría materialista del lenguaje con una modalidad de análisis que destaca el aspecto dialéctico de la producción lingüística. Injusto para con el lector sería entrar a discutir una teoría lingüística por el momento inexistente. Me refiero a la investigación de Quesada y Tomcsány *Introducción a la lingüística dialéctica*. Se presenta una modalidad de análisis lingüístico fundamentada en la teoría del lenguaje; y aunque resulta impropio entrar a referirme a ella, pues no es accesible al mercado, me interesa, no obstante, hacer patente el hecho de que se está elaborando una investigación lingüística con fundamentos no idealistas.

### Tópicos epistemológicos orientados

He expuesto hasta aquí cómo las diversas teorías lingüísticas reflejan su matriz epistemológica. Lo señalado con respecto de las corrientes lingüísticas analizadas deja al claro que por más que se trate de presentar esas teorías (me refiero a las de sustento idealista) como teorías “neutrales”, que “objetivamente” analizan el código lingüístico, su posición última sale a flote de una u otra manera. Ilustrativamente traigo a colación una frase de Saussure (lo que refuerza lo sostenido aquí) quien dice que “los hechos lingüísticos apenas motivan la crítica (Ponzo, 1973/1974: 204). Así es que “las teorías de código” tienen —naturalmente— un fundamento epistemológico, hecho manifiesto precisamente en su método.

Pues bien, teniendo en cuenta lo anterior podemos esperar que en tópicos —como dice el título de este párrafo— *epistemológicamente orientados*, donde las argumentaciones y concepciones de tal o cual fenómeno reclaman y muestran una posición filosófica abierta, el choque de

posturas se agudice y se haga en consecuencia inevitable <sup>2</sup>. En esta sección me referiré a los siguientes tópicos: lenguaje y pensamiento; lenguaje y sociedad; lenguaje y arte.

Dado que en lo que concierne a los tópicos en cuestión existen visiones opuestas, principalmente positivistas y materialistas, considero conveniente referirme, antes de entrar en materia, al positivismo con el fin de que se comprenda mejor lo que este movimiento propone como pautas en lo que se refiere a los tópicos que a continuación se presentan.

Lo primero que debe decirse del positivismo es que es un híbrido producto del idealismo objetivo y del materialismo mecanicista, a la vez que tiene su génesis en un momento histórico determinado (erección de la sociedad capitalista) con una función “científica” —y por lo tanto, ideológica— determinada (legitimación, por todos los medios posibles, del nuevo orden imperante). Kosik (1962, 1967) arranca su crítica a este movimiento empirista llamándolo *pseudoconcreción*. El autor<sup>3</sup> sostiene que

*“el conjunto de los fenómenos que llenan el ambiente cotidiano y la atmósfera común de la vida humana, que con su regularidad, inmediatez y evidencia penetra en la conciencia de los individuos agentes, asumiendo un aspecto independiente y natural, forma el mundo de la pseudoconcreción”.*

Este mundo se caracteriza por contener “el mundo de los factores externos, que se desarrollan en la superficie de los procesos realmente esenciales; el mundo del traficar y el manipular; el mundo de las representaciones comunes, que son una proyección de los fenómenos externos en la conciencia de los hombres”, y “el mundo de los objetos fijados, que dan la

- 
2. Un aspecto que no se debe dejar de mencionar es aquel que consiste en la aplicación de “la ley del silencio” propia de los positivistas, la cual se caracteriza por un intencionado ignorar de aquello que no lleva el sello de “Made in U.S.” y que por lo tanto “no hace falta mencionar”. Los positivistas tienden a no hacer referencia a otras corrientes, tanto que para ellos Sapir-Whorf es “la teoría sobre lenguaje y pensamiento”, etc. Tal proceder en aquéllos que más alharaca hacen con respecto de la utopía de la neutralidad de la ciencia no es otra cosa que una confirmación de lo que señalé con respecto de las teorías y los análisis científicos, a saber, que éstos se caracterizan por una postura (consciente o inconsciente) epistemológica, y que son producto de la percepción humana, lo que implica que el investigador no se puede despojar de su condición de sujeto histórico.
  3. Todas las referencias a Kosik provienen de su obra *Dialéctica de lo concreto* (1962/1967). Aclaro para ahorrarles al lector y a mí el caer en una manía de las citas.

impresión de ser condiciones naturales y no son inmediatamente reconocidos como resultado de la actividad social de los hombres”.

Para finalmente entrar de nuevo en materia y comprender lo que sigue es conveniente echar un último vistazo a lo que Kosik quiere decirnos sobre el positivismo:

*“El fisalismo positivista es responsable del equívoco de haber considerado una determinada imagen de la realidad como la realidad misma, y un determinado modo de asimilación del mundo como el único auténtico”.*

Luego refuerza así:

*“Reunir todos los hechos no significa aun conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aún la totalidad”.*

Se comprende de todo esto que el positivismo hace equivaler apariencia y esencia, hecho y todo, realidad inmediata y realidad total.

## Lenguaje y pensamiento

Este tópico se comenzó a discutir en este siglo a raíz de la ya superada hipótesis de Sapir-Whorf. Es revelador de lo que puede realizar la maquinaria publicitaria estadounidense el que tal propuesta llegara a convertirse en centro de atracción. La llamada «teoría de la relatividad lingüística» a su vez es un claro ejemplo del aire conductista que caracteriza al positivismo. Según experiencia del propio B. L. Whorf, donde detectó lo que en su opinión eran accidentes causados por hechos lingüísticos, éste se vio inducido a plantear la determinación del pensamiento por el lenguaje. Estamos ante un ejemplo de inductivismo mecanicista. La mencionada hipótesis surge ante la aplicación, o mejor dicho, ante el intento de hacer caer el fenómeno en cuestión bajo el paradigma de causa-efecto. Se les hace necesario a los que hacen ciencia desde esa perspectiva el encontrar “un causante”, un instigador del hecho, o sea, un hecho que motive otro hecho. Ante la necesidad de hacer caer la relación lenguaje-pensamiento dentro de ese esquema, Sapir y Whorf sostuvieron —al margen de las contradicciones que ello pudiera acarrear— que el lenguaje era la *causa* y el pensamiento el *efecto*.

Ante todo, en la relatividad lingüística se hace aparecer al lenguaje como algo dado e *independiente* del pensamiento, tanto como este último lo es por consiguiente con respecto del lenguaje. Tal separación lleva a (y a la vez es producto de) clasificar al lenguaje como ente objetivo; no obstante, surge la pregunta, ¿cómo podría haberse creado el lenguaje si no es por mediación del pensamiento? Esta interrogante lleva implícita una segunda, a saber, ¿es posible pensar sin lenguaje? Entre otras cosas, media aquí un tipo de concepción de lo que es “pensamiento”, que es la manejada por Whorf. Dada la inclinación conductista de los postulantes de la teoría en cuestión, es comprensible que implícitamente colocaran a «pensamiento» y «conducta» en relación de sinonimia; y como la conducta es una respuesta, entonces el estímulo de esa conducta va a ser el lenguaje (en realidad —para ellos— la lengua). Vemos que tanto lengua(je) como pensamiento (conducta) son actividades que —dentro del esquema mecanicista— le son ajenas al individuo. No se detienen los proponentes de la teoría a desarrollar sus concepciones de las categorías en cuestión, dando una muestra de reduccionismo.

Respondamos a las preguntas planteadas en el párrafo anterior. Ya en sí la primera interrogante nos coloca en la vía que lleva a desenvolver la cuestión. Esa pregunta en realidad posee un contenido proposicional que insinúa que la relación que se analiza es de naturaleza dialéctica.

Es fundamental presentar la posición materialista sosteniendo que el pensamiento *en tanto cualidad propia de la especie, o sea, facultad de percepción, de abstracción del entorno*, facilitó en algún momento de la evolución (que bien podría ser *la tríada de los homínidos*) la materialización de ese pensamiento mediante la construcción de signos para transmitir esa experiencia percibida y acumulada. Así pues, esa capacidad de abstracción y su realización semiótica no hubiesen existido sin mediar la experiencia. Vemos que la experiencia por un lado y, por el otro, la facultad humana de percibirla y traducirla mediante el trabajo lingüístico constituyen el germen de esa constante y permanente relación lenguaje-pensamiento. Comprendiendo lo anterior, comprendemos también el por qué de su inseparabilidad. Vienen juntos desde el inicio (en tanto facultades de la especie). Con la ayuda de la abstracción se construyen los signos, con la ayuda de los que construyen los pensamientos. En resumen, tenemos que de la interrelación de dos facultades, el pensar y el hablar, con otro polo, la experiencia, surge la conciencia. Nótese que hablo de «el pensar», no de «el pensamiento», así

como de «el hablar» no de «la lengua». Esta separación de niveles es necesaria para comprender el fenómeno.

## Lenguaje y sociedad

La situación en términos de la oposición de posturas epistemológicas en lo que se refiere a este tópico no cambia de manera significativa con respecto del tópico anterior. Con un aporte considerable en hallazgos y en investigaciones inductivas en general, el positivismo norteamericano ha realizado una labor más aceptable que la de los precursores de la relatividad lingüística en lo que respecta de la cuestión estrictamente social del lenguaje. En esto ha desempeñado un papel preponderante W. Labov, sobre todo por haber logrado la coherencia metodológica de esa corriente; me refiero a la introducción de la cuantificación sistemática de datos, pilar fundamental de las teorías esencialistas, esto es, empiristas.

Así como los fundamentos de la relatividad lingüística guardan deuda con el conductismo ortodoxo de Watson, de igual manera, la sociolingüística correccional se apoya en la sociología positivista de Comte y Durkheim. Los positivistas visualizan la relación lengua-sociedad como una relación propia de una ‘mecánica natural’. Hacen aparecer la cuestión de esa manera gracias, ante todo, a su metodología taxonómico-descriptivista, con la cual creen lograr “altos grados de objetividad”.

La pauta base del quehacer positivista es aquella que señala que sólo lo observable es lo único real. No se repara en el hecho de que la relación lengua-sociedad es un proceso en el que confluyen aspectos todos propios de la naturaleza de las relaciones sociales, no siempre encontrables empíricamente “en su estado natural”. La problemática esencial de las clases sociales —el conflicto social propiamente dicho— es obviada y sustituida por una imagen —valga la redundancia— positiva de la realidad, basada en cuadros y gráficos. Se evade el problema de las causas que motivan los fenómenos *superficiales* que ellos ven como esenciales. Aquí aparece una limitación del positivismo: ver en cada hecho sociolingüístico una realidad total, estática por demás. En otro lugar he realizado críticas al positivismo, que inútil sería repetir aquí. Creo, sin embargo, que es menester señalar que para el positivismo la relación que analizamos es un objeto medible y por lo tanto reductible a las relaciones cuantitativas. No debemos perder de vista, no obstante, el hecho de que el aspecto cuántico es sólo una parte de la

totalidad del fenómeno, y que una «descripción fiel» de los hechos no es suficiente para dar cuenta de un fenómeno sociolingüístico.

Algo que se debe señalar con respecto de la relación lengua-sociedad es que en virtud de la calidad del trabajo que posee el lenguaje, su evolución y su práctica llevarán el mismo curso que lleven las relaciones sociales. Habrá un código dominante que se sirve de mecanismos para reproducirse; habrá por consiguiente alienación lingüística y también una ideología respectiva. Las variaciones lingüísticas son explicables en virtud de una división del trabajo lingüístico. Asimismo, la lucha de clases se materializa en el código mismo (su estructuración) y en las actitudes y concepciones respecto de él. Se sostiene, pues, una relación de reflejo de la sociedad para con la lengua.

Nuevamente podemos ver que tanto los principios que aplican los investigadores, así como, inclusive, el enfoque utilizado en los cursos en nuestras universidades están epistemológicamente determinados. La paradoja positivista consiste en la negación de la epistemología, sin darse cuenta de que la negación misma es ya una ubicación epistemológica. El creer en la neutralidad de los hechos ignora la condición de *resultado* de procesos anteriores que tienen los hechos. Esto es lo que el mismo Kosik dice:

*“La teoría materialista distingue dos contextos de hechos: el contexto de realidad, en el cual los hechos existen originaria y primordialmente, y el contexto de la teoría, en el cual los hechos se dan por segunda vez y mediatamente ordenados, después de haber sido previamente arrancados del contexto originario de lo real”.*

## Lenguaje y arte

La definición dominante (entiéndase idealista) de lo que es “lingüística” no se toma la molestia de “legislar” sobre este tópico. Eso se lo dejan a los filósofos del lenguaje. A todos ellos les subyace un aire de fragancia humboldtiana y husserliana que hace equivaler arte como *el grado máximo de inspiración que el espíritu puede obsequiar a un mortal*. El arte es un tipo de fenomenologización del espíritu, una condescendencia del espíritu creador para con el hombre. Esto está en estricta coherencia con lo que el idealismo postula acerca de la ‘proveniencia’ del lenguaje. Pues si éste es un don espiritual, y el arte (la literatura) es ‘la máxima’ realización de lo lingüístico, el arte no puede ser otra cosa que una manifestación superior del

espíritu. Según esto —véase a Vossler al respecto—, el artista ‘encarna’ el espíritu; es un ser privilegiado que logra reunir las cualidades de la creación; un ser sensible por cuya sensibilidad la inspiración (¿una musa?) le confiere el don de la creación. Tal visión del arte como realización de un espíritu posee una limitación. O bien esa inspiración, ese espíritu, está históricamente determinado (y por ello es un sujeto humano), o bien no hay tal espíritu cuando los estilos, las corrientes artísticas (literarias) varían según la época.

Una lamentable degeneración de las tesis idealistas sobre lo literario se hace patente en esa aberración psicolingüística que se denomina «purismo». He criticado en otro lugar tal absurdo señalando, o mejor aún, concibiéndolo como mecanismo ideológico-lingüístico de las clases dominantes para crear un frente de batalla en la lucha de clases. El purismo promueve la alienación lingüística, es adialéctico y mezcla conceptos como «lengua», «lo artístico», «lo simbólico»; todo ello en virtud de su fundamento fetichista y fraudulento.

En lo concerniente a la concepción materialista de la relación lengua-arte se sostiene que tanto lengua como arte son trabajo simbolizador. Ambos están vinculados por compartir los materiales de que se construyen y por emerger ambos en los mismos contextos históricos. Difieren en *grado*; esto es, el grado de *abstracción* para la simbolización entre uno y otro es definitivamente mayor en el arte. Así pues, el artista en tanto sujeto de una colectividad pondría su individualidad por una parte, y, por otra, la reproducción de la conciencia y de la totalidad de su medio para recrear su realidad y transmitirla representándola por medio de signos y reglas de producción artística en boga en su momento. Por tanto, la función literaria en la sociedad es la de la recreación representativa de la realidad para diferentes propósitos, determinados éstos según la ubicación clasista (objetiva y subjetiva) del autor.

## Conclusión

Antes del cierre, considero necesario hacer patente el hecho de que, en efecto, en concordancia con el título del artículo, he traído a discusión el complejo problema de la epistemología del lenguaje. Con un intento más de bosquejo que de otra índole he intentado tocar el problema en relación con nuestro medio. Aquí existe una visión fragmentaria del problema, lo que redundará en algunos casos en una limitada y parcializada concepción del objeto de estudio:

Los lingüistas tradicionales, demostrando que la epistemología es una cuestión insoslayable, intentan soslayarla. Este proceder, un tanto evocativo de la escolástica medieval, es nocivo para la formación de los lingüistas. Es falso que la cuestión epistemológica concierna sólo a los filósofos, máxime cuando, como lo demuestra la práctica, ésta aparece a toda hora y en todo lugar. Los hechos de lengua no son el único interés del lingüista. «Lingüística» significa más que la descripción de un código verbal; concebir nuestra ciencia de esa manera es institucionalizar el fragmentarismo cognoscitivo. Así pues, cuando este artículo toca a su fin, recalco que el reduccionismo impide al estudiante tomar conciencia de las implicaciones filosóficas de los diversos marcos teóricos. Esto lo inhibe para formular su propia postura, la cual le acompañará a lo largo de su labor profesional.

**BIBLIOGRAFIA**

- Benveniste, Emile. *Problemas de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1984.
- Bloomfield, Leonard. *Language*. New York: Holt, Reinhart & Winston, 1963.
- Cassirer, Ernst (1906). *El problema del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Coseriu, Eugenio (1977). *El hombre y su lenguaje*. Madrid: Gredos.
- . *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos, 1982.
- Chomsky, Noam. *Current issues in linguistic theory*. The Hague: Mouton, 1970.
- (1968). *El lenguaje y el entendimiento*. Barcelona: Seix Barral, 1971.
- (1966). *La lingüística cartesiana*. Barcelona: Seix Barral, 1971.
- . *Reflections on language*. Glasgow: Fontana, 1975.
- Fishman, Joshua. *Sociología del lenguaje*. Madrid: Cátedra, 1982.
- Hockett, Charles. *A course in modern linguistics*. New York: Macmillan, 1963.
- Hudson, R. A. *La sociolingüística*. Barcelona: Anagrama, 1982.
- Humboldt, Wilhelm von (1836). *Linguistic variability and intellectual development*. Miami: University of Miami Press, 1971.
- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo, 1967.
- Labov, William. *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra, 1983.
- Malmberg, Bertil. *Teoría de los signos: introducción a la problemática de los signos y de los símbolos*. México: Siglo XXI, 1977.
- Martinet, André (1960). *Elementos de lingüística general*. Madrid: Gredos, 1970.

- (1962). *El lenguaje desde el punto de vista funcional*. Madrid: Gredos, 1971.
- Ponzio, Augusto (1973). *Producción lingüística e ideología social*. Madrid: Alberto Corazón, 1974.
- Quesada, Juan Diego. *La lengua en transformación*. San José: Alma Máter, 1988.
- Rossi-Landi, Ferruccio (1978). *Ideología*. Barcelona: Labor, 1980.
- . *Ideologías de la relatividad lingüística*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- (1968). *El lenguaje como trabajo y como mercado*. Caracas: Monte Avila, 1970.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945.
- Schaff, Adam (1964). *Lenguaje y conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- Vossler, Karl. *Filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Losada, 1943.